

ELOGIO DE JUAN BAUTISTA ALBERDI¹

José Nicolás Matienzo

Nos reunimos para rendir homenaje respetuoso a la memoria de uno de los más ilustres argentinos, cuyo centenario, por una feliz coincidencia, se cumple en el mismo año en que la patria, que él amó tanto, ha celebrado el suyo propio, saludada por todas las naciones civilizadas de la tierra.

En las jubilosas fiestas nacionales que acaban de pasar, nos hemos complacido en recordar con veneración los nombres de los ilustres ciudadanos que hicieron la revolución de la independencia y la consolidaron con sus esfuerzos y con sus vidas. Justa y oportuna conmemoración, que ha servido para estimular nuestro patriotismo y fortalecer los sentimientos de la solidaridad fraternal con que los hijos de esta tierra, vasta y fértil, nos ligamos mutuamente para trabajar sin descanso por el engrandecimiento y la felicidad de la nación.

Pero nuestros deberes no han concluido cuando hemos rendido el merecido culto a los autores de la independencia. Necesitamos también hacer justicia a los autores de la organización del país. Si los que protegieron la cuna del pueblo argentino merecen bien de la posteridad, los que cuidaron después la salud y la educación del recién nacido para dotarle de una constitución física y moral que le permitiera afrontar con éxito la lucha por la vida, ellos también son dignos de nuestra gratitud más profunda. Y bien, entre estos descuella Alberdi, cuya noble existencia se consagró casi por completo a la solución de las múltiples y arduas cuestiones relativas al problema de la organización de la República Argentina. El problema de la organización de un país es mucho más difícil que el de la independencia nacional. La causa de la independencia cuenta casi siempre con la acción o colaboración de la unanimidad o casi unanimidad de los habitantes. Sus jefes o corifeos despiertan con sus hazañas el entusiasmo colectivo y conmueven con sus victorias las fibras más hondas del patriotismo. La bandera flameante de la nueva nación tiene esplendores extraordinarios y, cuando ondea sobre las multitudes ardorosas, se diría que no se agita al soplo del viento, sino por impulso de los corazones palpitantes que la alzan como símbolo de existencia y de gloria. Nada más imponente que estos movimientos unánimes de los pueblos que luchan por su independencia, en cualquier punto de la tierra. Ya es la patria de Washington, que surge radiante de confianza en sí misma y de fe en la libertad; ya es la nación española, que, recordando su heroísmo de la reconquista, se yergue resuelta e invencible para sacudir el poder de Napoleón. Ya son las naciones hispano-americanas que desde un extremo hasta el otro de este continente se alzan para proclamar su irrevocable decisión de adquirir el derecho de gobernarse a sí mismas.

Ya es Grecia, la vieja patria de Arístides y Pericles, de Aristóteles y de Platón, de Sófocles y de Aristófanes, que despierta de un sueño de siglos para reincorporar su nombre en la lista de las naciones, conmoviendo con honda simpatía a los pueblos herederos y admiradores de su antigua cultura. La causa de la organización nacional no conmueve de esa manera el mundo, ni agrupa siquiera en un solo conjunto los ciudadanos a quienes afecta. Por el contrario, los divide casi siempre en bandos enemigos, que se debaten en una atmósfera llena de odios y recelos, de falsedades e injusticias.

¹ Conferencia dada en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, por el Decano de la misma, Prof. Dr. José Nicolás Matienzo, celebrando el centenario del nacimiento del Dr. Juan Bautista Alberdi (1910).

Tal ha sucedido en nuestro país con las largas luchas entre unitarios y federales y entre provincianos y porteños, ya felizmente concluidas, pero cuyas últimas consecuencias han afectado todavía a la presente generación, aunque no sea sino para perturbar su juicio sobre la verdad histórica y sobre el mérito relativo de los hombres y de sus actos.

Somos, sin embargo, la posteridad, y es nuestro deber hacer justicia, prescindiendo de las pasiones personales que envenenaron la existencia de los servidores del país y de las que no estuvieron exentos los más grandes ciudadanos. Y si alguien merece el homenaje de la justicia póstuma, es Alberdi, el publicista infortunado que pasó la mayor parte de su noble vida en la tristeza del ostracismo.

Alberdi puede ser considerado como escritor y como sociólogo. Como escritor, su cualidad característica es la absoluta subordinación de la palabra al pensamiento, de la forma al fondo. Alberdi emplea naturalmente y sin esfuerzo el mínimo de palabras necesarias para significar las ideas con la más completa nitidez. El lector no siente jamás distraída su atención por los artificios de la frase ni por la sonoridad de los períodos y acaba por olvidar que el autor se sirve del lenguaje para comunicarle sus observaciones y sus juicios. La ilusión de percibir directamente las ideas es completa.

Otro escritor eminente, juez irrecusable en materia de estilo, el señor Groussac, ha interrumpido su severa crítica de la obra constitucional de Alberdi para hacerle justicia en los siguientes términos:

“Su íntimo contacto con los incomparables prosistas franceses le dotó del arma dialéctica más aguda que en las letras americanas se conozca. Merced a tan alta iniciación, y aunque plagada de galicismos inútiles, su lengua revistió desde el principio algo de la eficacia soberana que caracteriza la prosa de los clásicos: incolora y lisa al igual que el acero — como que es para ellos un instrumento varonil, no un juguete de niño o un adorno de mujer, y cuya fuerza reside en la perfecta adecuación del término con la idea. Fue Montesquieu su gran *duca e signore* —, como lo fuera de todos los publicistas europeos o americanos — y dada la índole de sus estudios, no podía elegirlo mejor. Principalmente del *Espíritu de las leyes*, que sabía de memoria, extrajo Alberdi sus vistas aproximativas sobre el proceso de las naciones, al mismo tiempo que se asimilaba en parte la claridad cristalina de la forma, la sobria sencillez, el corte breve del párrafo, la exactitud, que es una probidad, el paso vivo y suelto, la frase apenas rítmica y al parecer desnuda, aunque vestida de un lino sutil más precioso y raro que los pesados ropajes. Entre la mayoría de sus contemporáneos cargados de abalorios y más taraceados que guerreros apaches, él y Gutiérrez (este más esbelto y simpático) mostraron buen gusto relativo y tuvieron la distinción de la palidez”.

No se puede, señores, rendir homenaje más cumplido y más justo, ni en forma más galana, al talento literario de Alberdi. Pero eso no basta. Hay que rendírsele también a la admirable organización intelectual del ilustre publicista. Si su estilo desprovisto de galas retóricas es admirable en su aptitud para dejar lucir el relieve de las ideas, es evidente que son estas las que en realidad nos cautivan. Las observaciones sagaces, los juicios precisos, el encadenamiento lógico de los pensamientos, el hábil arreglo del asunto y de sus pormenores, la oportunidad de las afirmaciones o de las sugerencias, la acertada invocación de los hechos, el profundo análisis de la realidad, la amplia síntesis de los acontecimientos y sobre todo el espíritu metódico y científico con que trata todos los temas, son rasgos notables que se admiran en todas las obras de Alberdi.

He aquí porqué, cualesquiera que sean las opiniones del lector, hay siempre provecho en leer, de cuando en cuando, algunas páginas de este escritor, que tiene, más que ninguno de los argentinos del siglo XIX, el poder de provocar la reflexión y la investigación.

La inteligencia de Alberdi no dispuso tan solo de su viveza y sagacidad naturales y de su dominio sobre la expresión verbal. Vastas y fecundas lecturas la educaron desde temprano y la enriquecieron con múltiples conocimientos científicos y literarios, y, sobre todo, la dotaron de un caudal de ideas generales que le permitió orientar científicamente sus estudios de orden social, político y económico. La cultura de Alberdi no era sobrepasada por la de ninguno de sus compatriotas, cuando desde Chile preparó las *Bases para la Organización de la República Argentina*, el famoso libro cuya primera edición apareció antes que cumplieran tres meses de la caída de la tiranía de Rosas.

En el colegio de ciencias morales, fundado por Rivadavia, y en la Universidad de Bs. As., establecimientos en que Alberdi hizo sus estudios secundarios y de jurisprudencia, predominaba entonces la filosofía moral y jurídica de Jeremías Bentham, cuyas obras se leían al mismo tiempo que las de Locke y Condillac. Estas primeras lecturas dejaron en el espíritu de Alberdi una profunda impresión y a ellas se debe sin duda el carácter experimental y práctico que distinguieron sus estudios y su acción intelectual, no obstante, la influencia poco profunda que en él ejerció después el contacto con la filosofía francesa espiritualista y ecléctica. Pero oigámosle a él mismo:

“Durante mis estudios de jurisprudencia, que no absorbían todo mi tiempo, me daba también a estudios libres de derecho filosófico, de literatura y de materias políticas. En ese tiempo contraí relación estrecha con dos ilustradísimos jóvenes, que influyeron mucho en el curso ulterior de mis estudios y aficiones literarias: Don Juan María Gutiérrez y Don Esteban Echeverría, ejercieron en mí ese profesorado indirecto, más eficaz que el de las escuelas que es el de la simple amistad entre iguales.

Nuestro trato, nuestros paseos y conversaciones, fueron un constante estudio libre, sin plan ni sistema, mezclado a menudo a di versiones y pasatiempos de mundo. Por Echeverría, que se había educado en Francia, durante la Restauración, tuve las primeras noticias de Lermínier, de Villemain, de Víctor Hugo, de Alejandro Dumas, de Lamartine, de Byron y de todo lo que entonces se llamó romanticismo, por oposición a la vieja escuela clásica. Yo había estudiado filosofía en la Universidad, por Condillac y Locke. Me habían absorbido por años las lecturas de Helvecio, Cabanis, de Holbach, de Bentham, de Rousseau. A Echeverría debí la evolución que se operó en mi espíritu, con las lecturas de Víctor Cousin, Villemain, Chateaubriand, Jouffroy y todos los eclécticos procedentes de Alemania, en favor de lo que se llamó espiritualismo.

Echeverría y Gutiérrez propendían, por sus aficiones y estudios, a la literatura; yo a las materias filosóficas y sociales. A mi ver, yo creo que algún influjo ejercí en este orden sobre mis cultos amigos. Yo les hice admitir, en parte, las doctrinas de la *Revista Enciclopédica*, en lo que más tarde llamaron el dogma socialista. Yo tenía invencible afición por los estudios metafísicos y psicológicos. Gutiérrez me afeaba esta afición y trataba de persuadirme de mi aptitud para estudios literarios. Mi preocupación de este tiempo contra todo lo que era español, me enemistaba contra la misma lengua castellana, sobre todo con la más pura y clásica, que me era insoportable por lo difusa. Falto de cultura literaria, no tenía el tacto ni el sentido de su belleza. No hace sino muy poco, que me he dado cuenta de la suma elegancia y cultísimo lenguaje de Cervantes.

Pero mi educación no se hizo únicamente en la Universidad, por las doctrinas de Locke y Condillac, enseñadas en las cátedras de filosofía, ni por las conversaciones y tratos de amigos más ilustrados. Más que todo ello, contribuyeron a formar mi espíritu, las lecturas libres de los autores, que debo nombrar para complemento de la historia de mi educación preparatoria. Mis lecturas favoritas, por muchos años de mi primera edad, fueron hechas en las obras más conocidas de los siguientes autores: Volney, Holbach, Rousseau, Helvecio, Cabanis, Richerand, Lavater, Buffon, Bacon, Pascal.

También, La Bruyère, Bentham, Montesquieu, Benjamín Constant, Lermínler, Tocqueville, Chevalier, Bastiat, Adam Smith, Say, Vico, Villemain, Cousin, Guizot, Rossi, Fierre Leroux, San Simón, Lamartine, Destut de Tracy, Víctor Hugo, Dumas, P. L. Conrrier, Chateaubriand, Madame de Stäel, Lamennais, Jouffroy, Kant, Merlin, Pothier, Pardessus, Troplong, Heineccio, El Federalista, Story, Balbi, Martínez de la Rosa, Donoso Cortés, Capmany.

Se ve por este catálogo que no frecuenté mucho los autores españoles, no tanto por las preocupaciones anti-españolas, producidas y mantenidas por la guerra de nuestra independencia como por la dirección filosófica de mis estudios. En España no encontré filósofos como Bacon y Locke, ni publicistas como Montesquieu, ni jurisconsultos como Pothier. La poesía, el romance y la crónica en que su literatura es tan fuerte, no eran estudios de mi predilección, pero más tarde se produjo en mi espíritu una reacción en favor de los libros clásicos de España, que no era tiempo de aprovechar, infelizmente para mí, como se echa de ver en mi manera de escribir la única lengua que no obstante escribo.

Todas esas lecturas, como mis estudios preparatorios, no me sirvieron sino para enseñarme a leer en el libro original de la vida real, que es el que más he hojeado, por esta razón sencilla, entre otras: que mis otros libros han estado casi siempre encajonados y guardados durante mi vida, pasada entre continuos viajes.”

El hombre que así aprendió a hojear el libro original de la vida no hizo gala jamás de erudición. Su saber no fue esa ciencia libresca que multiplica las citas de las opiniones ajenas para ocultar la pobreza o ausencia de la propia o para darse el vanidoso placer de parangonar su suficiencia con la presunta ignorancia del desgraciado lector. Su saber fue la ciencia que resulta de aplicar una inteligencia educada a la investigación de los hechos y a la solución práctica de los problemas reales. Los que, para decidir cualquier cuestión, necesitan hacer balance de autoridades no busquen la ayuda de Alberdi. Pero, si quieren ejemplos de cómo se plantean y resuelven científicamente los problemas sociales, abran los libros del ilustre autor de las *Bases* y del *Sistema Económico y Rentístico*, y no serán defraudados.

Su planteamiento y solución del problema de la organización argentina en 1852 son ya clásicos. Todos los estudiantes de derecho constitucional los aprenden como antecedente indispensable para el conocimiento de nuestras instituciones. Derribada la larga y cruenta tiranía de Rosas y convocado por fin el congreso constituyente que se esperaba hacía veintinueve años, Alberdi fue el único publicista argentino que se adelantó a ayudar a aquella memorable asamblea en la ardua tarea confiada a su patriotismo e ilustración. Es que solo él estaba habilitado, por sus estudios favoritos y por su talento práctico, para improvisar sobre un tema tan grave y delicado. En realidad, no tenía, sino que coordinar y aplicar juicios que ya estaban maduros en su cerebro y que habían motivado gran parte de sus escritos de propaganda. El problema, para él, no podía ser otro que crear un gobierno nacional cuya estabilidad estuviera garantida por los antecedentes históricos y las tendencias orgánicas del país y cuya política se aplicara a poblar y civilizar la nación. Lo primero que emprendió fue disuadir al Congreso de todo propósito de hacer obra especulativa o de gabinete.

“El Congreso Constituyente — dijo —, no será llamado a hacer la República Argentina, ni a crear las leyes o reglas de su organismo normal; él no podrá reducir su territorio, ni cambiar su constitución geológica, ni mudar el curso de los grandes ríos, ni volver minerales los terrenos agrícolas. El vendrá a estudiar y a escribir las leyes naturales en que todo eso propende a combinarse y des arrollarse del modo más ventajoso a los destinos providenciales de la República Argentina. Este es el sentido de la regla tan conocida de que las constituciones deben ser adecuadas al país que las recibe; y toda la teoría de Montesquieu sobre el influjo del clima en la legislación de los pueblos no tiene otro significado que este.

Así, pues, los hechos, la realidad, que son obra de Dios y existen por la acción del tiempo y de la historia anterior de nuestro país, serán los que deban imponer la Constitución que la República Argentina reciba de las manos de sus legisladores constituyentes. Esos hechos, esos elementos naturales de la constitución normal, que ya tiene la República por la obra del tiempo y de Dios, deberán ser el objeto del estudio de los legisladores, y bases y fundamentos de su obra de simple redacción, digámoslo así, y no de creación. Lo demás es legislar para un día, perder el tiempo en especulaciones ineptas y pueriles.

Y desde luego, aplicando ese método a la solución del problema más difícil que haya presentado hasta hoy la organización política de la República Argentina, que consiste en determinar cuál será la base más conveniente para el arreglo de su gobierno general, si la forma unitaria o la federativa — el Congreso hallará que estas dos bases tienen antecedentes tradicionales en la vida anterior de la República Argentina, que ambas han coexistido y coexisten formando como los dos elementos de la existencia política de aquella República.

El Congreso no podrá menos de llegar a ese resultado, si, *conducido por un buen método de observación y experimentación*, empieza por darse cuenta de los hechos y clasificarlos convenientemente, para deducir de ellos el conocimiento de su poder respectivo.”

En seguida enumera prolijamente una serie de antecedentes unitarios y otra de antecedentes federativos, recogidos de la historia colonial y patria, y concluye:

“Todos los hechos que quedan expuestos pertenecen y forman parte de la vida normal y real de la República Argentina, en cuanto a la base de su gobierno general; y ningún congreso constituyente tendría el poder de hacerlos desaparecer instantáneamente por decretos o constituciones de su mano. Ellos deben ser tomados por bases y consultados de una manera discreta en la constitución *escrita*, que ha de ser la expresión de la constitución *real*, natural y posible.”

Así se apartó decididamente de los teorizadores, de los sectarios y de los constitucionalistas papagayos que repiten inoportunamente los textos extranjeros. Así vio a la vez el lado unitario y el lado federal de las cosas, pero no de las cosas en abstracto, sino de las cosas argentinas. Dio de ese modo, a principios de 1852, y en la América del Sud, un ejemplo admirable de método científico aplicable a los asuntos sociales, buscando las soluciones en el libro original de la naturaleza y de la vida.

Por eso, la solución que él adoptó, el federalismo moderado, se impuso a todos los hombres de estado de su tiempo y fue incorporada a la constitución escrita de 1853, que aún nos rige, viéndose en ella una indispensable conciliación o transacción entre los intereses de las provincias y los de la Nación.

Pero no vayáis a creer, señores, que Alberdi se hacía ilusiones sobre la práctica de las instituciones nuevas. No hubiera sido razonable en un filósofo de la escuela histórica o evolucionista, como lo era.

“Para todos los sistemas — dijo —, tenemos obstáculos y para el republicano representativo tanto como para cualquier otro. Sin embargo, estamos arrojados en él, y no conocemos otro más aplicable, a pesar de nuestras desventajas. La democracia misma se aviene mal con nuestros medios, y sin embargo estamos en ella y somos incapaces de vivir sin ella. Pues lo mismo sucederá con nuestro federalismo o sistema federal de gobierno; será incompleto, pero inevitable a la vez.”

De ahí una cuestión capital: ¿Cómo perfeccionar la práctica de las instituciones? Alberdi responde: — Aumentando y mejorando la población actual.

“Constituid, dice, como queráis las provincias argentinas; si no constituís otra cosa que lo que ellas contienen hoy (1852) constituís una cosa que vale poco para la libertad práctica. Combinad de todos modos su población actual, no haréis otra cosa que combinar antiguos colonos españoles.

Acaba de tener lugar en América una experiencia que pone fuera de duda la verdad de lo que sostengo, a saber: que sin mejor población para la industria y para el gobierno libre, la mejor constitución política será ineficaz. Lo que ha producido la regeneración instantánea y portentosa de California, no es precisamente la promulgación del sistema constitucional de Norte América. En todo Méjico ha estado y está proclamado ese sistema desde 1824; y en California, antigua provincia de Méjico, no es tan nuevo como se piensa. Lo que es nuevo allí y lo que es origen real del cambio favorable es la presencia de un pueblo compuesto de habitantes capaces de industria y del sistema político que no sabían realizar los antiguos habitantes hispano-mejicanos.”

Alberdi tuvo siempre la profunda convicción de que, en América, gobernar es poblar, pero poblar con gente europea civilizada, sobre todo con las razas del norte y especialmente con ingleses. Ha repetido este consejo en todos los tonos para hacerlo penetrar bien, no solo en los oídos, sino en los entendimientos y en la conducta de los gobernantes y políticos hispanoamericanos. Sus demostraciones y exhortaciones sobre este punto alcanzaron a veces una elocuencia insuperable por lo severa y conceptuosa.

“La reproducción natural, decía en 1845, es un medio imperfecto y lento. ¿Queremos grandes estados en poco tiempo? Traigamos sus elementos ya preparados y listos de fuera. Sin grandes poblaciones no hay grandes cosas. Todo es mezquino y pequeño. Las escuelas primarias, los caminos, los bancos, son, por sí solos, medios mezquinos, sin las grandes empresas de producción, hijas de las grandes porciones de hombres... Poned el millón que forma la población media de cada una de nuestras repúblicas en el mejor pie de educación posible. ¿Tendréis con eso un grande y floreciente estado? Ciertamente que no. Un millón de hombres en un gran territorio es miserable población.

Es que, educando nuestras masas, tendremos orden: teniendo orden vendrá población de fuera, me diréis. No tendréis orden, ni educación popular, si no por el influjo de masas introducidas con arraigados hábitos de ese orden y buena educación. Multiplicad la población seria; y veréis a los vanos agitadores desairados y solos con sus planes de revueltas frívolas, en medio de un mundo absorbido en ocupaciones graves.”

El pensador que así ensalzaba la población trabajadora e industrial, tenía que ser amigo declarado de la paz. Nadie como él ha combatido y ridiculizado las inclinaciones guerreras de una parte de nuestro pueblo. Nadie con más valor que él se ha rebelado contra el culto de la gloria militar.

“El coraje y la victoria nos darán laureles, decía. Pero el laurel es planta estéril para América. No produce fruto de sólido provecho. Vale más la espiga modesta de la paz. Esa espiga es de oro, no en la lengua del poeta, sino en la lengua del economista.

La República Argentina, cubierta de laureles y andrajos, es de mal ejemplo.

Los Estados Unidos tienen en sus templos menos estandartes quitados al vencido que nosotros, menos glorias militares; pero valen algo más que nosotros.

Ellos no aborrecen al europeo. Al contrario, lo atraen, no solo generosa sino diestramente, y le asimilan a su población. Así, en 20 años, improvisan estados nuevos, porque toman las piezas hechas, para su formación. La bandera estrellada no por eso es menos grande y brillante.

Dejemos los héroes con los tiempos semi-bárbaros a que pertenecen.

El tipo del héroe americano, en lo futuro, no es Napoleón, sino Washington. A los héroes de la guerra, han sucedido los héroes del orden y la paz.

Reducir 8 mil hombres en dos horas al número de mil, por la acción de la espada: he ahí el heroísmo militar del pasado.

Por el contrario, hacer subir en 24 horas dos mil hombres al número de 8 mil; he aquí el heroísmo del hombre de estado moderno.

El censo de la población es la mejor medida de la capacidad de un ministro americano.”

Cuando Alberdi publicaba estas ideas, Spencer no había escrito todavía su famosa distinción entre las sociedades de tipo militar y las de tipo industrial. Alberdi hubiera quizás modificado un poco la forma de su propaganda en favor del industrialismo, si el sociólogo inglés hubiera escrito primero; pero, como quiera que sea, la teoría desarrollada por el publicista argentino en las *Bases*, en el *Sistema Económico y Rentístico* y en numerosos escritos anteriores y posteriores, es substancialmente idéntica a la de Spencer, en cuanto coloca el factor económico a más alto nivel que el militar en la evolución de las naciones. La República Argentina no puede renunciar a esta gloria.

Se comprende que Alberdi no estuviera conforme con el modo predominante de hacer la historia argentina y americana.

¿No es ya tiempo (decía en 1875 al escribir *La vida y trabajos industriales de W. Wheelwright en la América del Sud*) de que la historia de Sud América deje de consistir en la historia de sus guerras y de sus guerreros, como ha sucedido hasta aquí? En lo más la historia de la guerra tendría un útil sentido y un enseñamiento fecundo si se redujera a lo que ha sido por regla general, no por excepción: la historia de menguas y pérdidas territoriales de unos estados sin provecho de los otros, y la del origen y formación de sus deudas públicas agobiantes y ruinosas para sus progresos. Se vería que lo que compensa o repara sus descalabros, nacidos de ese desorden, es el progreso espontáneo y natural debido al comercio y a la industria, cuya historia sin embargo no ha ocupado hasta hoy a ningún historiador de su revolución fundamental, más económica en su esencia que política, como ha sido en realidad. La historia de su comercio, de su industria, de su riqueza, de sus mejoramientos materiales, es más útil y necesaria que la de sus guerras que apenas han producido otra cosa que libertades escritas, glorias vanas y progresos que no excluyen el *statu quo*, en lo más substancial para la civilización — que es el nivel moral e inteligente del pueblo más numeroso —. La revolución digna de historiarse es la del cambio por el cual, países que hace dos tercios de siglo eran colonias pobres, oscuras y aisladas del mundo, han venido a ser vastos mercados, frecuentados por todas las naciones de la tierra.”

Estas ideas pacifistas, que fueron de toda su vida, le dieron una concepción de la diplomacia americana muy diferente de la que veía en auge. El prefería ligar las naciones americanas con ferrocarriles, que no con tratados de alianza política o militar. No puedo aquí, detenerme en esta faz tan interesante de la vida de Alberdi; pero no quiero dejar de apuntar una singular coincidencia. La cuarta conferencia Pan-Americana que en estos momentos clausura sus pacíficas sesiones en Buenos Aires, no es más que la Asamblea Continental que Alberdi diseñó en 1844, en su memoria sobre la conveniencia y objetos de un Congreso general americano. La ilustre conferencia ha celebrado prácticamente, acaso sin sospecharlo, el centenario de Alberdi, reuniéndose para deliberar sobre los objetos que nuestro eminente compatriota había indicado 66 años antes. Es otra gloria a la que no podemos renunciar los argentinos.

Ahora, señores, y para cerrar esta rapidísima e incompleta revista de los servicios que la civilización de nuestro país y de América debe a Juan Bautista Alberdi, permitidme rozar siquiera, un tema doloroso.

Si Alberdi hubiera limitado su acción a lo que dejamos recordado, hubiera pasado tranquila y dulcemente el último tercio de su vida, oyendo pronunciar su nombre con veneración por todos los argentinos. Pero tuvo la desgracia de disentir con Mitre y Sarmiento acerca de la política adecuada a la situación en que quedó el país después de la batalla de Caseros. La disidencia fue tan profunda, que la íntima amistad contraída en el destierro se rompió violentamente y la polémica interminable y agria comenzó. Puso Alberdi en ella toda la pasión de su alma nacionalista y fustigó, sin piedad, como él sabía hacerlo, a los que consideraba culpables de la desunión de la República y de los obstáculos puestos a la instalación del gobierno nacional en su capital histórica. La reincorporación de la provincia de Buenos Aires en 1860, previa revisión y jura de la Constitución Nacional, satisfizo, en parte, el patriotismo de Alberdi; pero poco después la revolución puso el poder en manos de uno de sus adversarios, que fue sucedido por el otro. Alberdi no pudo, pues, regresar al país durante las presidencias de Mitre y Sarmiento. Solo al terminar la presidencia de Avellaneda, los tucumanos se acordaron de que aún vivía en Francia un comprovinciano eminente, que debía estar ya viejo, que era digno del honor casi póstumo, de una diputación al congreso federal. Alberdi regresó, debilitado por la vejez y por las amarguras sufridas. Hacía 41 años que había salido de su país por no prestar acatamiento al tirano Rosas para recibir su diploma de doctor, y no había vuelto a pisar tierra argentina. Había cierta ironía en esta aceptación, a los 70 años de edad, del primer puesto político obtenido en el gobierno de su patria, para el cual había escrito él las *Bases* en 1852. Tuvo sin embargo la satisfacción de ser colega de su grande adversario el general Mitre, y de recibir su voto para la vice-presidencia de la Cámara. Pocos días después, sucedió lo que Alberdi había predicho tantas veces: el gobernador de Buenos Aires, recordando que él era el dueño de casa y que el gobierno nacional era su huésped, se alzó en armas contra este. Alberdi no quiso intervenir en la contienda y se dejó destituir a causa de su inasistencia, por la minoría de la Cámara de Diputados, trasladada a Belgrano. Esta vez los acontecimientos trajeron la solución que Alberdi anhelaba: la federalización de la ciudad de Buenos Aires como capital de la República. El autor de las *Bases* celebró el histórico suceso con su último libro, dado a luz en 1881, bajo el título de *La República Argentina consolidada en 1880*. Así, como él mismo lo dijo, completaba la obra que había comenzado en 1852 con aquel otro.

La historia del engrandecimiento de nuestro país en los últimos treinta años es el comentario más elocuente que puede hacerse de aquella solución, que los constituyentes de 1853 habían adoptado por consejo de Alberdi y que las disidencias de la política militante postergaron durante 27 años.

Lo que antes era simple campaña de la ciudad de Buenos Aires se constituyó en provincia separada, como lo había propuesto Rivadavia, y cupo a Alberdi la satisfacción de presidir la primera asamblea electoral que designó gobernador del nuevo estado federal.

El preclaro publicista apenas sobrevivió a esta consumación de su obra constitucional, para ir a morir fuera de la patria, como Moreno, como Rivadavia, como San Martín, sus dignos modelos de patriotismo y desinterés. Pero sus ideas no han muerto. Sus consejos nos acompañan todavía; pasará largo tiempo, pasarán muchas generaciones antes que los sudamericanos puedan hablar de ferrocarriles, de puertos, de canales, de comercio, de industria, de población, de inmigración, de educación e instrucción, de riqueza, de rentas públicas, de política americana, de respeto al extranjero, de paz y de justicia internacional, sin que venga a su memoria un pensamiento de Alberdi.

¡Patria feliz la que puede presentar al mundo hijos como este!